

se acomodase dentro; el pobre animal sufriría molestias sin cuento al penetrar por la angosta entrada de su vivienda, y por más plumas y pajas que amontonase en ella, siempre estaría en incómoda postura, escurriéndose sin cesar por la curvada superficie del cristal, y sin encontrar calor para los hijuelos, ni reposo para su compañera; en tanto, si se le ofrecen materiales á propósito, espacio donde realizar su obra, libertad para fabricarla, se le verá trabajando con afán á la par que gorjea, y á la postre de su faena tendrá un nido redondo, hueco, suave, caliente y blando, perfectamente adoptado á su cuerpo, y admirablemente dispuesto para la incubación y el desarrollo de la pollada.

Hagamos nuestra casa con arreglo á nuestra manera de vivir, y vivamos en armonía con el nido que hicimos; ¿fué en el campo? ¿fué aislado, retirado de toda otra vivienda, colgado (séame permitido decirlo así) en medio de frondosa arboleda, y rodeado de fructíferas parras? Pues nada de despilfarros, nada de embellecimientos costosos, nada de sinuosidades ni de artificios; hagámosle como la naturaleza que le rodea, alegre, sencillo, ameno. Edifiquemos nuestra casa sin adornos escultóricos, sin pretensiones arquitectónicas, pero sólida, fuerte, dispuesta para recibir los vientos huracanados de los equinoccios, las tormentas asoladoras del estío, las pesadas nieves y las torrenciales lluvias del invierno; preparémosla, con firmes cimientos y recias paredes, para los encontrados temporales y para los abrasadores rayos del sol; que dentro de ella reine un suave y nunca asfixiante calorico, cuando las aristas del hielo se cuajen en las ventanas, cuando los cierzos crudos se lamenten en las altas chimeneas; y que dentro de ella encontremos pura y refrescante brisa cuando la chicharra se baña en el fuego de la canícula, cuando pían con gorjeos cansados los gorriones en las cálidas horas de la siesta.

Que á la par que sus piedras y sus cementos nos defienden de las crudezas de la intemperie, sus rasgadas y múltiples ventanas dejen pasar por todos lados la luz, resplandeciente de los cielos; las purísimas auras de los campos; nada de oscuridades; el lecho inundado por los rayos del sol á ser posible, lo mismo cuando este astro se levanta en el oriente que cuando se oculta en el ocaso; el aire circulando, libre y directo desde las mismas capas atmosféricas hasta los mismos senos pulmonares; al mismo tiempo la luz, vehículo de todos los átomos vivificantes y creadores, inundando con sus irradiaciones nuestros cuerpos, nuestros enseres, nuestras ropas, todo cuanto nos rodea y nos sirve. No sé, y permítidme esta digresión acaso innecesaria, si mi pasión, mi amor, mi entusiasmo por la luz se deriva de una recopilación intelectual de estudios sobre sus efectos, ó tomó sus raíces en un movimiento completamente subjetivo; me explicaré.

Durante trece años, es decir, durante mi infancia toda, he sufrido una larga y dolorosísima afección á los ojos á intervalos desiguales, pero todos penosos, todos largos, todos terribles, pasados en el seno de la más completa y espesísima tiniebla; días interminables, noches insufribles, todas se han sucedido sobre mí en medio de una oscuridad absoluta, que se hacía más pavorosa por las temporadas en que me era dado disfrutar de la luz. ¡La luz! ¡mi ideal de los cinco años, mi ideal de los ocho y de los doce y de los diez y seis! En aquella sombra dolorosa que me envolvía, yo me imaginaba la luz como una cosa más allá de la vida, más allá de lo real, de lo posible; ¡para mí Dios era luz! ¡la felicidad era luz! ¡el amor era luz! ¡y luz la religión, y luz el cariño de los míos! ¡y no comprendía, ni estimaba, ni avaloraba nada que estuviese fuera de la luz! Y más tarde, cuando mi bendito padre me hizo conocer, por medio de la lectura que amorosamente me dedicaba, los elementos más esenciales de los primeros estudios; cuando su voz conmovedora, por bondadosa y leal, vibraba en mis oídos, enseñándome las leyes físicas y morales de los cuerpos y de las almas;